

## LA TORMENTA

Ricardo tenía que sentirse bien ese día. ¿Acaso no estaba en la playa, listo para pasar dos gloriosas semanas de vacaciones? ¿Acaso no tenía una palita y un balde nuevos? ¿No le había regalado el papá un velero nuevo con velas rojas? ¿No tenía acaso la hermosa arena con la cual jugar, y el refrescante mar para bañarse?

Sí, tenía todo, pero no estaba feliz.

Recién había almorzado bien, pero todavía no estaba feliz. En verdad, se sentía muy rebelde, y se podía ver que era así. Un gesto desagradable afeaba su rostro y sus labios fruncidos indicaban su enojo.

Por supuesto, era por cosas sin importancia, como de costumbre. Papá le había pedido que dejara de tirar piedras porque estaba molestando a la gente en la playa. Ricardo quería que lo dejaran tirar todas las piedras que quisiera, y el papá había tenido que decir "¡Basta!" con toda firmeza. De allí esa mirada terrible en el rostro de Ricardo.

-Ven, vamos a hacer un gran castillo de arena -dijo el papá, tratando de arreglar las cosas-. Pronto subirá la marea, y podremos ver cómo ataca nuestro castillo -dijo, tratando de tomar la mano de Ricardo.

-¡No quiero hacer ningún castillo!



- Ven, vamos -dijo el papá.

- ¡No quiero! -dijo Ricardo enojado, dando la vuelta y comenzando a alejarse.

-Está bien -dijo el papá-. Lo haré yo, entonces.

Y diciendo esto, tomó la palita y empezó a cavar en la arena.

Ricardo comenzó a andar por la arena. Daba una imagen muy divertida, porque era apenas un muchachito de nueve años, y allí estaba, con las manos metidas en los bolsillos y el ceño fruncido como si estuviera tramando una revolución. Se alejó más y más. Parecía que no notaba el paso del tiempo, o que su familia y sus amigos iban quedando cada vez más atrás.

Todavía hirviendo de rabia, siguió caminando. No quería estar con nadie, se decía. Ya no quería jugar con los otros, nunca más. Quería estar solo y hacer lo que quisiera.

Ahora podía tirar todas las piedras que quisiera, donde quisiera y cuando quisiera, porque ya no había nadie. ¡Y estaba feliz, feliz, feliz por ello; sí, así se sentía!

Justamente en ese momento el aire pareció enfriarse súbitamente, haciéndolo mirar hacia arriba. Hasta ese momento el sol había estado brillando con fuerza. Los últimos días habían sido hermosos y cálidos. Pero ahora una oscura nube ocultaba el sol, y una fría ráfaga de viento venía del sudoeste.

Ricardo aminoró el paso. No le gustaba el aspecto del cielo. ¿Pero volver? No, jamás; él no volvería. Y siguió caminando.

Diez minutos más tarde miró otra vez el cielo. Casi todo el azul se había ido. Llevándose rápidamente del horizonte se observaban nubes oscuras y amenazantes. Las ráfagas de viento ya eran un ventarrón considerable. El mar que había estado calmo hasta entonces, azotaba ahora con furia.

Un estampido sordo a la distancia detuvo a Ricardo. Su pequeño rostro perdió el enojo y se volvió pálido. No le gustaban las tormentas.

¡Buum! ¡Buuum! ¡buuum! retumbaba el trueno, cada vez más fuerte.

¡Fiizz! Saltando de nube en nube resplandecían los relámpagos más terribles que Ricardo hubiera visto alguna vez.

¡Crack! ¡Buum! ¡Crash! Un trueno espantoso resonó justamente encima de él.

Ricardo se quedó quieto, petrificado de temor. Desesperado miró a su alrededor, buscando un refugio, que no hallaba. En esa solitaria playa, ni siquiera una gaviota habría podido encontrar refugio.

¡Y ahora la lluvia!

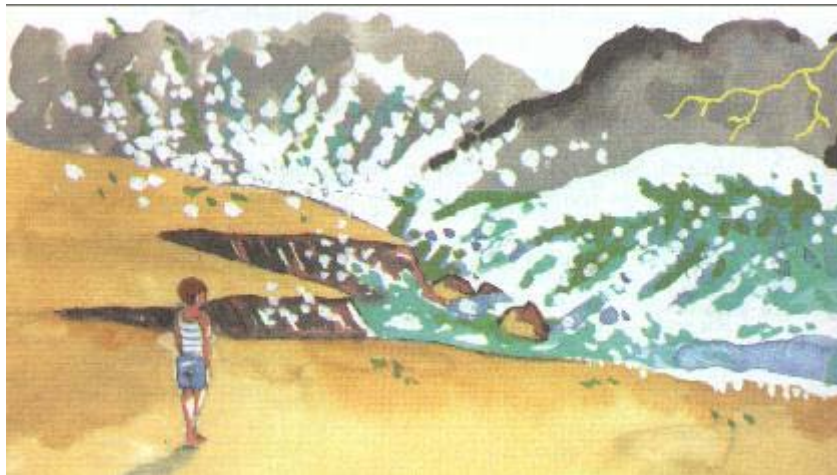
¡Suish! ¡Suish! Empujadas por el ventarrón, las gotas golpeaban la playa sin misericordia, y con pavoroso sisear caían también en el mar.

El pobre Ricardo quedó empapado en un instante. El agua corría a torrentes por su camisa. Se dejó caer junto a un rompeolas y sepultó su cabeza entre sus manos.

¡Buum! ¡Buum! retumbaba el trueno, tan fuerte y terrible como antes.

“¡Ay! ¿cómo pude haber venido tan lejos? -gritó para sí-. Tendría que haberme quedado con los demás. ¿Cuándo acabarán estos truenos?”

¡Crash! Otro aterrador estrépito retumbó sobre su cabeza. Era demasiado para el pequeño. Las lágrimas brotaron por fin y corrieron por sus mejillas mezclándose con la lluvia que caía a torrentes sobre él.



¿Qué fue eso? Otro sonido había llegado a sus oídos por encima de la tormenta. Con seguridad eran pasos. Alguien estaba caminando por algún lugar de la playa.

Ricardo miró hacia arriba y espizó por encima del rompeolas, a través de la lluvia que lo cegaba.

¡Hurra! ¡ Sí! Alguien con un paraguas se acercaba agachado, luchando contra el viento.

Ricardo sintió que nunca antes había estado tan feliz de ver a alguien. Gritó, pero su voccecita se vio ahogada por la tormenta.

¡Crack! Un relámpago y el ruido, justo sobre su cabeza, enviaron a Ricardo a acurrucarse junto al rompeolas.

Pero las pisadas se acercaban. Ricardo espizó otra vez. Sí, era un paraguas, mucho más cerca ahora.

Entonces, otro temor asaltó su corazón: ¿Se preocuparía por él ese desconocido? ¿Querría detenerse en medio de esa tormenta? ¿Compartiría su paraguas en una lluvia como ésta? Se acurrucó otra vez con temor y desánimo. Oh, ¿por qué se había ido tan lejos, solo?

En eso, las pisadas se detuvieron. Ricardo alzó la vista. El paraguas estaba sobre él.

-Hola. Ricardo, -dijo una voz familiar-. ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

-¡Papá! ¡Oh, Papá! ¿Tú viniste a buscarme? – gritó Ricardo mientras rompía otra vez en lágrimas al abrazar a su papá -. ¡Estoy tan contento de que hayas venido! Perdóname por haber sido malo. Nunca más seré desobediente.

-Está bien, hijo -dijo el papá-. Nos olvidaremos de eso. Pero si alguna vez quieres salir a caminar solo, espero que no elijas un día como éste.

Y entonces, con el ventarrón tras de ellos y el trueno alejándose gradualmente en la distancia, caminaron de regreso tomados de la mano.

